
Detrás de las formas urbanas

El arquitecto Frederick Cooper conversa con Sharif Kahatt sobre las relaciones entre política y arquitectura, y los encuentros y desencuentros entre arquitectos y políticos. Comentan el impacto de las políticas nacionales y municipales en el devenir del país —particularmente, de la ciudad de Lima— desde mediados del siglo XX hasta la actualidad.

Sharif Kahatt (SK): Varias veces hemos comentado tu participación, como ciudadano y arquitecto, en lo que te ha tocado vivir en Lima: tus tensiones con los alcaldes y otros políticos desde tu formación en la Escuela de Arquitectura de la UNI [Universidad Nacional de Ingeniería] —con Fernando Belaunde como decano— y, más tarde, como importante integrante del Movimiento Libertad, has estado siempre cerca a la política. Pero antes de ser arquitecto o incluso estudiante de arquitectura, es decir, como un ciudadano joven, ¿cuál es tu recuerdo de Lima y sus espacios urbanos? ¿Tienes en mente algo que se marcara en tu memoria, y que haya sido producto de la política?

Frederick Cooper (FC): Sí, aunque no con la intensidad y la notoriedad con la que la política influyó en mi vocación posteriormente. Por el lado anglosajón de mi padre no hay vínculo político, pero mi madre era arequipeña, y recuerdo la elección de Bustamante y Rivero, los conflictos entre el APRA y la tensión de los tres años de su gobierno [1945-1948]. José Luis Bustamante era muy amigo de mi familia y, además, era medio pariente. También un tío, Jaime Rey de Castro, un tipo íntegro, de corte más socialista, me mostró con sus acciones esa entrega hacia las causas públicas. Ese fue mi inicio con la política. Por otra parte, mi padre era amigo de Alfredo Dammert, bastante conservador y de derechas, que fue nuestro vecino —gracias a él, mis padres construyeron la casa junto a la suya—; y cuando yo entré a la universidad, como vivía al lado de nosotros, a veces me llevaba. Él hablaba sobre política y, digamos, oraba muy negativamente de la facción de izquierda de la Escuela. Entonces empecé a descubrir una relación directa entre la política y la arquitectura.

SK: Entrás en una carrera marcada por arquitectos que estaban en política, trabajaban en el Estado o tenían una opinión fuerte sobre la política.

FC: Sí. Bueno, además, en los primeros años de mi vida en la UNI empezaron las invasiones. Me hice muy amigo de Miguel Cruchaga, sobrino de Belaunde, quien, además de ser decano, ya tenía un gran espacio en la política, porque había sido parlamentario, había creado la Corporación de la Vivienda, la ONPU [Oficina Nacional de Planeamiento Urbano], etcétera, y ya había promovido la obra del nuevo edificio de la Facultad de Arquitectura, que era muy importante. Belaunde era una figura inseparable de nuestro contexto político; y en la Escuela reclutó a los que fueron toda esa guardia pretoriana que él tuvo al inicio de su carrera presidencial.

SK: ¿Belaunde tenía un discurso político en la Escuela durante tus años de estudiante?

FC: Belaunde nunca infiltró causas políticas en la docencia, pero era imposible que, estando de alumno ahí, no estuvieras al tanto y tomaras partido sobre las cosas. Además, son años de muchas invasiones de terrenos en Lima, y había, de parte de Belaunde, un sesgo claramente de izquierda; no marxista ni socialista, pero no era un hombre que se iba a alinear con grupos políticos de derecha. Entonces, esa sensibilidad suya hacia el país, hacia la pobreza, hacia la población migrante, se trasladó rápidamente al problema de las invasiones de las tierras cercanas a la UNI.

SK: Toda Lima Norte, cerca de la UNI, comenzó a ser invadida en esos años, con el trazado de las vías y, luego, la carretera.

FC: Así es, y nosotros nos volvimos fervientes comprometidos con la causa de los invasores, porque era gente a la que, además, la policía trataba pésimo. Eso se juntó con que vino el abate Louis Joseph Lebet, fue a la universidad a hablarnos y nos movilizó a todos.

SK: A propósito de la organización de Lima en esos años, su espacio de crecimiento y su territorio: las condiciones de gobernanza antes de la instauración de las elecciones municipales en 1963, ¿eran mejores o peores que en la actualidad?

FC: El recuerdo que tengo de Lima, de la ciudad, del centro de Lima y de sus balnearios, de sus suburbios, en mi adolescencia y juventud, es el de una ciudad grata, una ciudad amable y bella, una ciudad bonita. Lamentablemente, entre mis 16 y mis 22 años vi desplomarse esas condiciones. Las invasiones también afectaron el Centro Histórico, porque muchas de las viviendas en mal estado fueron tugarizadas, se alquilaron mal, etcétera. Fue un proceso que tomó varios años, y que fue descomponiendo todo.

SK: De los alcaldes previos a 1963, que eran asignados al puesto, ¿a cuál señalarías como memorable?

FC: El peor de todos fue Luis Gallo Porras, antes de que yo tuviera uso de razón. Él fue alcalde tres veces, en las décadas de 1930 y 1940. Tuvo que ver con la construcción de la nueva Plaza de Armas. Los edificios de esa plaza se construyeron en los años cuarenta, cuando de niño me llevaban al centro de Lima, porque todo quedaba ahí. Entonces, yo vi terminarse de construir la Plaza de Armas. En el centro, el Palacio de Gobierno parecía una torta. Sin mayor criterio todavía de juicio crítico, me pareció horroroso. El pasaje Olaya, que se había hecho antes, también me parecía un mamarracho.

SK: Pero ¿ha sido un deterioro progresivo o te parece producto de un manejo de la administración pública?

FC: Ha sido un deterioro progresivo. Leguía descubrió que el país tenía que modernizarse, que no podía seguir siendo un país de rentistas, y generó cambios en la economía. Pero también aspiraba a un crecimiento del país porque quería que el Perú tuviera un rango político y una mayor presencia internacional, mayor jerarquía como país. A eso se debió que se les ocurriera tirar abajo el Palacio de Gobierno, porque les parecía todo muy insignificante. Gallo Porras era el típico oligarca

peruano. Un señor hacendado que tenía mucha plata y además era un individuo muy alto y muy arrogante. Aprovechó el terremoto del 40 para rehacer la Municipalidad de Lima y se la trajo abajo. Él también tuvo mucho que ver con la avenida Abancay y la destrucción del monasterio de San Francisco y del Convento de La Concepción. Lo mismo con Santa Rosa y el convento de las Nazarenas, cuando hizo la avenida Tacna.

SK: ¿Te parece que ese alcalde es el que más daño hizo? ¿La política hizo peor a la ciudad?

FC: No sé si el peor, o te diría Bedoya Reyes, porque hizo la avenida Emancipación —la continuación del jirón Cusco— a finales de 1960, cuando ya era consciente de que lo hecho con Abancay y Tacna no había traído una mejora mayor a la ciudad; había afeado terriblemente lo que hasta entonces era una ciudad con una escala muy agradable. Eso quedó muy mal, fue un error, pero tenía apoyo político y lo logró. La idea era «modernizar» el



Vista aérea de la Av. 27 de Noviembre, San Martín de Porres, en 1959. Servicio Aerofotográfico Nacional.

centro para atraer inversiones, grandes proyectos que se hacían ya en los nuevos barrios de Lima. Esos ensanches buscaban una nueva escala de negocios y, de paso, imponerse durante la dictadura del general Velasco. La destrucción de la casona de Pedro Beltrán fue parte de esas rivalidades políticas, claramente.

SK: En esos años comienzan a crecer las urbanizaciones «fuera de Lima». Las tiendas de almacenes y supermercados comienzan a invertir más allá del centro desde mediados de 1950, siguiendo el modelo de ciudad expansiva.

FC: Y ahí intervienen, desgraciadamente, inversionistas inescrupulosos que destruyen muchas casonas, hacen playas de estacionamiento, edificios de tres o cuatro pisos de pésima calidad, mediocres. Eso empeora la calidad urbana del centro y hace que se deteriore todo muy rápidamente.

SK: En los años finales de la década de 1950, cuando tú estabas y Belaunde dirigía la Facultad, se sucedían varios cambios en el país. ¿Cuán politizada estaba la vida académica?

FC: Estaba muy politizada, pero no pedagógicamente. Belaunde la mantuvo siempre independiente de su actividad política, eso hay que decirlo. Una cosa que nos impresionó fue que el primer año nos reunió a todos los cachimbos en la cafetería del edificio de Bianco y nos dijo lo siguiente: «Miren, todas estas son tarjetas de gente que ha enviado una nota recomendándolos a ustedes para que ingresen; entonces, como verán, están metidas en un sobre, y ese sobre lo voy a prender con un fósforo y así voy a quemarlas todas. Aquí entran los que aprueben el examen». Porque habíamos podido ingresar a ingeniería, pero todavía no a la carrera de arquitectura. Todos los años hacía esa ceremonia de «aquí no hay padrinos, ningún privilegio para nadie». En eso sí, absoluta honradez. Ahora: yo creo que él comenzó a decaer como político, como arquitecto y como urbanista en esos años. Mientras no tuvo poder elaboró los conceptos y las ideas, y adaptó sus experiencias de viajes a Europa y Estados Unidos, produjo leyes...

SK: Cómo debía formarse y desarrollarse el país, además de instituciones, grandes proyectos de integración del país...

FC: Pero cuando llegó al poder se olvidó de que las instituciones debían regir, y que había creado instituciones con magníficos profesionales. Recuerdo —fíjate, esto es de cuando yo tendría catorce años— una vez



Vista aérea del centro de Lima en 1956 con la obra del Ministerio de Educación en curso. Servicio Aerofotográfico Nacional.

que yo estaba en Londres con mis padres, y aparece Fernando Belaunde. Entonces, mi mamá: «Hola, Fernando, ¿cómo estás?», y mi padre, que lo conocía menos: «¿Qué tal, ¿cómo estás?», y él se sentó e inmediatamente —así como era él— comenzó a hablar de dónde venía, que venía de Suecia...

SK: Ah, el viaje de Belaunde, cuando lo invitaron con un grupo de especialistas en vivienda de Latinoamérica a ver el desarrollo de varios países. A partir de eso escribió el artículo de *El Arquitecto Peruano* «Diez mil millas en busca de la vivienda social».

FC: Sí. Y comenzó a hablarnos de la ciudad de Vällingby, en Suecia, de las nuevas ciudades satélite y de la nueva arquitectura. Mi papá no entendía nada, mi mamá tampoco, pero yo sí me quedé impresionado, se me despertó una enorme curiosidad por todo lo que ese señor tenía que decir. El interés por la arquitectura, claro que sí, por la arquitectura.

SK: Del primer gobierno de Belaunde, ¿qué rescatarías en primer lugar, en términos políticos, sociales o urbanos?

FC: El que le arranchara a la oligarquía peruana políticamente organizada la noción de que el país debía mantener el cauce tradicional, en términos económicos y sociales. Belaunde hizo despertar a todos en cuanto a que el Perú no era Lima, no era las haciendas de Cañete ni las haciendas de Trujillo, sino la sierra y la Amazonía, y que esa parte del país también tenía que desarrollarse. Empezó muy bien, con una legítima preocupación por el desarrollo del país, asociada al movimiento moderno, de cuando estuvo en Estados Unidos; y en lugar de traer consigo ese impulso, lo diluyó en un populismo deplorable. A finales del primer gobierno empezó esta locura de querer construir a como diera lugar y olvidarse de que una ciudad —o un país— debía tener un orden, seguir un cierto patrón. Que no se podía simplemente construir porque sí. Donde veía un terreno vacío o donde veía una institución, había que construir casas, había que construir viviendas y le quitó a la Corporación de Vivienda la iniciativa que había tenido.

SK: Su lado político (o su ambición política) le pasó factura. Le hizo perder el rumbo de las ideas urbanas, del desarrollo territorial.

FC: Le paso factura, así es. La última vez que lo vi como presidente, Belaunde estaba obsesionado con que se construyeran los conjuntos de vivienda y otras grandes obras, incluso ya sin pensar, «a la loca». Yo creo que, por ejemplo, a él nunca le dio la gana de ver primero si se podía «reciclar» el Centro Histórico de Lima antes de ocupar todas las áreas libres que quedaban en la ciudad. San Felipe, por ejemplo, es una obra muy valiosa, pero hubiera sido mucho más interesante que ese terreno se quedara como parque y esa misma construcción la hiciera en Breña o en otro distrito.

SK: Es lo que más le criticaron los del Instituto de Vivienda, la Corporación, la Junta Nacional de Vivienda, y él se fue para adelante.

FC: Y se fue para adelante en todo, igual.



Vista de la bajada Balta en la Costa Verde desde el mar de Miraflores en 1970. Servicio Aerofotográfico Nacional.



Vista aérea de la Av. Emancipación en el centro de Lima en 1978. Servicio Aerofotográfico Nacional.

SK: En el período de la dictadura, los alcaldes de Lima fueron nombrados a dedo y las decisiones las tomaba el régimen militar. ¿Hay algo que te parezca particularmente importante de ese tiempo?

FC: Fue un desastre, en conjunto, pero hubo algunas cosas peculiares; por ejemplo, Javier Cayo, que había sido uno de los profesores estrella [de la UNI], fue nombrado director de Vivienda. Se encargaba de los proyectos de bajo costo, y tenía muy bien criterio. Ahora: Javier no era urbanista, era un arquitecto, un magnífico arquitecto, pero no una persona que tuviera una visión integral de Lima, cosa que sí tuvo Belaunde inicialmente. Javier hizo construir Los Próceres, hizo construir Túpac Amaru, en La Victoria, pero [los proyectos] no se plantearon integralmente en la ciudad. Además, todo apuntaba a que Lima fuera de dos pisos y se siguiera extendiendo. Eso creo que es lo más criticable de este período.

SK: Más adelante, cuando ya estabas dentro de tu campo profesional, Alan García estatiza la banca, surgen las manifestaciones lideradas por Mario Vargas Llosa y te embarcas en el movimiento Libertad.

FC: Me embarco por dos razones. Primero, porque no teníamos nada que hacer. Nos moríamos de hambre y no teníamos nada que hacer. Realmente, la perspectiva de tener que migrar del país se veía muy cercana. Por otro lado, yo era íntimo amigo de Vargas Llosa, y también hubo una cosa un poco circunstancial ahí, una pequeña anécdota. La forma en que me involucré en esto tuvo que ver con una casualidad: nosotros íbamos todos los inviernos, por 28 de julio, al norte; no a Máncora, a Punta Sal.

SK: Eso lo cuenta Vargas Llosa en *El pez en el agua*, que estaban con una radio, escuchando...

FC: Así es, sí. Es más largo y complejo que eso, pero, sí, al final de ese viaje, cuando volvimos a Lima, ya estábamos embarcados en esa aventura política que duró tres años. En la primera reunión éramos cinco personas: estaban Miguel Cruchaga, Guillermo Thorndike, Mario, quizás Cartucho, y yo. Luego nos apoyaron varios medios de comunicación. *El Comercio* publicó las cartas de MVL a toda página; luego, Genaro Delgado Parker, en el canal 5, transmitía los mítines de Mario en vivo; y así, otros medios. Hubiera sido imposible arrancar sin todo ese apoyo inicial.



Vista aérea de la plaza San Martín en 1953. Servicio Aerofotográfico Nacional.



Frederick Cooper durante la entrevista, en su casa de San Isidro, 2019.

SK: ¿Por qué tantos intelectuales —Cartucho, Szyszlo, tú y otros— entran en esa campaña? ¿Era la única salida? ¿Veían al país ya muy cerca del abismo?

FC: Pero no éramos *todos* los intelectuales. Hubo muchos que no estaban de acuerdo con nosotros y otros que se mantuvieron al margen, o alejados de las campañas.

SK: Pero creo que es la última campaña con intelectuales participando con una visión de país, antes que por un interés únicamente político.

FC: Sí, pero te diría que eran los intelectuales liberales, no todos los intelectuales en general; había varios que no participaban, y la izquierda estaba en una situación bastante desconcertada respecto a sus ideas y no participaba activamente.

SK: Volviendo a Lima: entre 1980 y 2000 la ciudad se consolidó como un espacio particularmente caótico, por el crecimiento desbordado, la guerra interna y la crisis del agro. Luego, a pesar de la recuperación económica, el espacio urbano de Lima no ha visto la mejora de sus servicios, infraestructura, transporte, entre otros (ni tampoco las otras ciudades del Perú). ¿Qué opinas de las gestiones de Lima en estos últimos veinte años?

FC: Creo que todos los alcaldes han tenido en común la falta de una idea; comparten una absoluta ignorancia

sobre cómo opera la vida compleja de un orden urbano. Otra cosa funesta: creo que todos gobernaban para la reelección. A todos los alcaldes a los que les pude hablar, les dije que tiene que empezarse por un plan de gobierno. No se puede salvar el Centro Histórico de Lima independientemente de resolver su problema de tránsito, su problema de residencia, de servicios, de seguridad, y un gran etcétera. Además, primero tienen que encararse los principios básicos de la ciudad: ¿se quiere una ciudad extendida o se quiere que la proximidad sea una ventaja? ¿Se quiere una ciudad para el automóvil o se quiere una ciudad para el transporte público? Eso es lo que hay que preguntarse.

SK: En este último período no se han hecho grandes proyectos de espacio público, hay una carencia de espacios de interacción social. Parece que la gente tiene más recursos, más acceso al comercio, a los préstamos, a los autos, pero eso no se refleja en el bienestar colectivo, sino que, contrariamente, hay una especie de prepotencia, de intolerancia al otro. ¿Qué hacer para que esta situación no empeore?

FC: Bueno, creo que lo he repetido hasta la saciedad: que se siga un plan que parta de establecer principios generales que rijan la transformación de Lima, porque no creo que pueda seguir desarrollándose con el mismo sentido que hasta ahora. Hay que tomar decisiones tan graves, como, por ejemplo, si hay que desistir de que haya gente que vive en los cerros. Hay que apostar por un plan y realizarlo.

SK: Muchas gracias, Freddy, por tu tiempo y por compartir tus ideas y experiencias.

FC: Gracias a ti.

Frederick Cooper. Nació en Lima, Perú, en 1939. Estudió arquitectura en la Universidad Nacional de Ingeniería. Hizo estudios de posgrado en Europa (1963-1966), primero en Londres y luego en París. En 1967 inició su trayectoria académica ejerciendo la docencia en la Universidad Nacional de Ingeniería y luego en la Pontificia Universidad Católica del Perú, donde fue fundador y, más tarde, decano de esta escuela entre 2002 y 2014. Desde 1967 se ha desempeñado como promotor y crítico de la arquitectura. Ha publicado, entre diversos medios del Perú y otros países, en el diario *El Comercio* (1992-1996), como columnista del diario *La República*, como colaborador del diario *El País* de España y como fundador y director de la revista *Arkinka*. Desde 1966 a la fecha es socio principal de la firma Cooper Graña Nicolini Arquitectos (hoy CGGMS), a la fecha con más de 450 proyectos.